

Murió en Trieste, donde naciera hace 83 años e iniciara sus actividades revolucionarias siendo un adolescente, Vittorio Vidali, conocido también por Carlos Contreras, Enea Sorrenti, Jacobo Zender, Raymond y decenas de nombres más.

Vidali inició su militancia en el Partido Socialista Italiano, que le entregó el carnet a los 17 años. Posteriormente asistió al congreso en el que se fundó la Federación de Juventudes Comunistas de Italia. A partir de entonces, hasta su muerte, tuvo la convicción de que debía terminarse con el sistema de economía de mercado, el capitalismo.

En sus últimos días, Vidali era un hombre cubierto de cicatrices, cojo, con un brazo inútil, tuerto... Era el muestrario de una vida de combates, de enfrentamientos con los fascistas mussolinianos, con la policía de varios países, con el franquismo, con el terrorismo de derecha que, ya viejo, todavía lo hizo víctima de un atentado.

De apenas 23 años debió salir de Italia, a la que volvería hasta 1947. Trabajó durante su largo exilio en el Socorro Rojo Internacional, bajo las órdenes directas de Elena Stasova, quien fuera secretaria de Lenin y después de Stalin, hasta que Beria la apartó de ese puesto.

La propia Stasova, convencida de su valía, recomendó que Vidali fuera aceptado en el Partido Comunista de la Unión Soviética. De esta manera Vidali obtuvo el carnet del PCUS, "no poco honor para un comunista extranjero", como dijo él mismo. La misma Stasova impidió que Vidali se convirtiera en agente de la GPU, organización que, prácticamente sin permitirle escoger, lo reclutó junto con Tina Modotti, su mujer, para que trabajaran en China al lado de Richard Sorge, el director de la célebre "Orquesta Roja". La Stasova hizo valer su influencia y lo retuvo, junto con Tina, en el Socorro Rojo.

Durante los años 20 Vidali efectuó trabajo político en Estados Unidos, donde entabló una nutrida correspondencia con Bartolomeo Vanzetti, de quien se hizo entrañable amigo. Ahí trató también con los más destacados intelectuales de la izquierda estadounidense hasta ser deportado, pese a las protestas de diversas corrientes, entre otras la de los anarquistas en-

Vidali, il messicano

Humberto Musacchio

cabezados por Carlo Tresca. Expulsado, logró llegar a la Unión Soviética y de ahí partió hacia México, por donde debía llegar de nuevo a Estados Unidos. Sin embargo, por varias causas debió permanecer aquí.

Militó entonces en el Partido Comunista Mexicano, para lo cual tomaba parte en las actividades de la dirección, como era usual entre los cuadros de la Tercera Internacional, a la que pertenecía el Socorro Rojo. Así trató a Julio Antonio Mella y a la entonces compañera de éste, la fotógrafa italiana Tina Modotti; a Ricardo Carrillo, Hernán Laborde, Diego Rivera y David Alfaro Siqueiros.

Después del asesinato de Mella, que el policía Valente Quintana —al igual que sus émulos del presente— trató de presentar como crimen pasional y homicidio político, a fin de proteger a los autores intelectuales y materiales, el callismo desató la represión contra el PCM y Vidali, perseguido, debió abandonar el país, lo cual hizo en el buque Emden, mismo en el que salió deportada Tina Modotti en 1930.

Vidali viajó hasta Moscú y Tina lo hizo luego de seis meses de permanecer en Alemania. Poco después se convirtieron en amantes y juntos a veces, cada uno por su lado en otras ocasiones, cruzaban todas las fronteras de Europa con pasaportes falsos. En 1934 Vidali fue sometido a investigación por la GPU, que no le perdonaría el haberse negado, de facto, a cumplir la misión en China. El pretexto fue un altercado tenido por Vittorio con dos burócratas de la misma policía política, quienes daban un trato despectivo a los refugiados que llegaban por oleadas a la URSS. Ayudado por Togliatti pudo salir airoso de la investigación de la GPU, que equivalía a un juicio con sentencia previa de culpabilidad.

Después salió Vidali a París, ciudad en la que se hallaba Tina Modotti en el cumplimiento de una misión. Después ambos recibieron

órdenes de marchar a España, donde colaboraron con los obreros asturianos y sus familias, víctimas de la represión. Ellos siguen en España cuando triunfa el Frente Popular y presencian el alzamiento de la derecha. Tina se entrega al trabajo de socorrista y Vidali, se convierte en el comandante Carlos Contreras, primer comisario del Quinto Regimiento que defiende Madrid.

Durante la guerra trabaja con intelectuales como Hemingway y Malraux y David Alfaro Siqueiros y actúa muchas veces bajo sus órdenes. Traba una íntima relación con Antonio Machado y Rafael Alberti, quienes le dedicarían poemas, como lo hizo después Pablo Neruda. A la derrota de la República él y Tina van a París y ahí les dan a escoger entre embarcarse para México o volver a la URSS, donde tendrían derecho a unas vacaciones en Crimea. Sin embargo el comunista inglés Tom Bell les advierte que en Moscú espera a Vidali la GPU con una orden de arresto, y de acuerdo con la Stasova salen hacia México, donde el primero de mayo desfilan en el contingente de republicanos españoles.

Días después del frustrado asalto de Siqueiros a la fortaleza de Trotsky, Vidali es secuestrado por la policía, que lo mantiene muchos días en la cárcel del Póculo. Señalado por la prensa como cómplice del asalto siqueriano y luego del asesinato de Trotsky, se presenta ante el jefe policiaco y el juez que sigue la causa, quienes niegan que exista alguna acusación concreta contra él, lo que no impide a la prensa de derecha y ciertos trotskistas señalarlo como responsable de la desaparición del viejo bolchevique. Igualmente se le acusa de haber asesinado en España a Andrés Nin y en Estados Unidos a Carlo Tresca. Vidali niega en su último libro, *Comandante Carlos* (Editori Riuniti, Milán, 1983), toda responsabilidad en la desaparición de Nin. El día que ma-

tan a Carlo Tresca en Nueva York, Vidali asiste en México a un banquete con otros combatientes de la guerra de España. Esas acusaciones, y otras, lo acompañarán toda su vida, aunque nunca se aporte una sola prueba sobre su culpabilidad.

Opuesto a las muchas expulsiones que se producen en los años 40 en el PCM, combate también el "browderismo", doctrina del líder comunista estadounidense Earl Browder que abogaba por la conciliación de clases. Su actitud crítica, y las intrigas de Vittorio Codovilla, acaban por ponerlo fuera del PCM. En 1947 sale de México y después de un prolongado viaje llega a Trieste, donde se incorpora al partido de los comunistas de esa entonces territorio autónomo. Ahí combate la postura de la mayoría, que aboga por la anexión a Yugoslavia. Cuando Stalin decreta la excomunión de Tito del movimiento comunista internacional, los opositores de Vidali quedan sin sustento.

Vidali, en su calidad de secretario general de los comunistas triestinos, asiste en 1956 al XX Congreso del PCUS, donde tiene algunos roces con Nikita Kruschchev, a quien habla críticamente un año antes por la solución que dio la URSS al caso yugoslavo, que consistió en echar sobre Stalin toda la culpa de la ruptura. La discrepancia de Vidali se basaba en los sufrimientos que debieron atravesar centenares de militantes triestinos, a quienes Tito encerró en campos de trabajos forzados.

A partir de entonces, Vidali fue profundizando sus críticas hacia la Unión Soviética y los conceptos, entonces en boga —y lamentablemente para muchos también hoy—, de "partido guía", "monolitismo", Estados guías, hermanos mayores y jefes únicos e infalibles. Fue diputado y senador en el Parlamento italiano y hasta su muerte disfrutó del cariño y respeto de los trabajadores triestinos y de toda Italia, como lo atestiguó Elena Poniatowska en los días de 1981 que pasó con él.

En *Comandante Carlos* y en *Ritratto di donna*, libro que en breve editará en español la Universidad Autónoma de Puebla, Vidali ratificó su crítica a la antidemocracia del socialismo, en tanto que exaltó la Primavera de Praga y el movimiento de *Solidaridad*, en Polonia, experiencias que juzgó válidas y esperanzadoras.